

Carmen en el Julio Castillo

por José Noé Mercado

Lado A: escena

El mérito mayor de la puesta en escena de *Carmen* de Georges Bizet firmada por el argentino **Marcelo Lombardero**, presentada en tres funciones, los pasados 18, 21 y 24 de septiembre en el Teatro Julio Castillo del Centro Cultural del Bosque, no fue tanto la transformación de una de las obras más típicas del repertorio operístico, su esencia y personajes, sino hacer creer que desde una mirada post-todo puede edificarse su significado.

Y es que a través de una fuerte dosis de entretenimiento visual: cultura pop, antros, mafia, violencia, *graffiti*, *gags* gays políticamente correctos, hembras en humor lúbrico, coreografías “tribales” tipo el *Aserejé* de las Ketchup o el *Gangnam style* o pasos de *break-dance* o rap pertenecientes a la estética *hip-hop* y toda una exhibición *dance-dance-revolution*, con karaoke incluido, Lombardero arma un genuino atractivo escénico que retiene de principio a fin la atención de los espectadores.

La coreografía estupenda de **Ignacio González Cano**, el vestuario de **Luciana Gutman** (ver actuar y cantar con esplendor a los integrantes del Coro de Bellas Artes —ellos— vestidos de sardos o pandilleros y —ellas— en sensual camisón, descalzas, o con *hot pants* —incluso al decano caracterizado a la usanza 50 Cent— tiene su poderoso encanto), la escenografía *urbano design* de **Diego Siliano** y la iluminación de **Horacio Efron** que llega a ambientar con la típica bola-disco la zona de butacas, constituye un *show* fresco, agradable. *Cool*.

El único pero llega en forma de pregunta para interrumpir bacanal tan disfrutable: ¿Georges Bizet, el compositor; Ludovic Halévy y Henri Meilhac, los libretistas; Prosper Mérimée, el autor de la novela que da pauta a la ópera, en realidad eran tan *posmo*? Puesto que llegado el caso Mozart, Beethoven, Wagner y hasta Chopin igual pueden ser rapeables. Cualquiera, en realidad. ¿Pero suponerlos ultra-contemporáneos es comprenderlos, poner en escena el trasfondo de sus obras?

Hace unos días, en otro contexto, el escritor Antonio Ortuño usaba el sarcasmo en redes sociales: “Leo una presunta cita de Lao Tsé (siglo IV a. C.) sobre el estrés. ¿No dijo nada, ya en esas, sobre el iPad 5 o la muerte del ‘soporte-papel’?”

Y, “ya en esas”, de vuelta a la ópera, disfrutando esta producción de Lombardero, original de Buenos Aires Lírica, Argentina, presentada por el “Instituto Nacional de Bellas Artes a través de la Compañía Nacional de Ópera (CNO), en colaboración con Producción, Representación y Organización Artísticas (PROA)”, empresa de los promotores culturales **Jaime Suárez** y **Gerardo Kleinburg**, director de la CNO en los años 90, igual es válido preguntar: ¿Bizet compuso algo para las caderas de Shakira?; ¿qué dijo sobre los *Batman* de Christopher Nolan? ¿Era el Pitbull del París decimonónico?

Lado B: música y canto

Como podría suponerse, en esta producción pesó más que los solistas dieran el *tipo*, que la búsqueda de un elenco homogéneo en su calidad sonora. La brasileña **Luisa Francesconi** interpretó una agradable gitana (perdón por la costumbre: igual no era gitana; pero Carmen, en todo caso), linda en verdad, arrojada, dispuesta, aunque su voz tendía a aligerarse, a mover su colocación. **Dante Alcalá**, una de las mayores promesas tenoriles mexicanas en los últimos años por la belleza de su timbre, fue un insuficiente Don José, quien no sólo sufrió ante una partitura que estresa su idea de canto, hace tirante su emisión y fatiga su *fiato*, sino que también transmitió esa angustia vocal a un sector del público que temía nota a nota su punto de quiebre. Si concluyó, y mejoró, de hecho, en el último acto, en mucho fue por carácter y pasión, más que por conciencia y control técnico. Quizás, simplemente, se trató de un rol inadecuado en estos momentos de su carrera.

El Escamillo del barítono **Luis Ledesma**, convertido en grupero aclamado por sus *groupies*, escoltado por sus *guarros*, también ganó simpatías entre el público pese a un inicio descuadrado y poco audible porque al parecer a él no lo microfonearon en el fondo del escenario. La soprano **Maribel Salazar** (Micaëla) mostró un canto conmovedor y tendiente a matices y recursos expresivos con su instrumento. “¡Ésta sí canta!”, gritó un crítico luego de ‘Je dis que rien ne m’épouvante’, su aria del tercer acto, que parecía editorializar todo lo escuchado.

La joven soprano **Carolina Ramírez** supo encontrarle sentido y razón de existencia al personaje de Frasquita, lo dotó de gracia, encanto, de belleza escénica y vocal, le dio auténtica personalidad, solidaria en todo momento con Carmen, a un rol que, en rigor, suele pasar desapercibido. En ello contribuyó mucho la dirección de Lombardero, quien con su propuesta, que incluyó los diálogos completos, quizás enriqueció más a los personajes secundarios que a los protagonistas. Porque lo mismo ocurrió con la Mercédès de **Eduarne Goyarzu**, el Zuniga de **Roberto Aznar**, le Dancaire de **Martín Luna**, el Moralès de **Arturo López Castillo**, le Remendado de **Hugo Colín** y, en extremo, con el entrañable Lilas Pastia actuado por **Gabriel López**.

José Areán, al frente del Coro (en verdad notable el trabajo que con él realiza **Xavier Ribes**) y la Orquesta del Teatro de Bellas Artes y la Schola Cantorum de México (que dirige **Alfredo Mendoza**), brindó una concertación con oficio, de real soporte músico-dramático, cuya principal cualidad consistió en cuidar la emisión de los cantantes, en algunos momentos en apuros ante un teatro en plena remodelación.

Un montaje, pues, entretenido. Dinámico. Ni tan irreverente, ni crudo. Polémico tal vez. Con risas y, quizás, ciertos rasgos caricaturizados para pasar un buen rato y comentar, nada más. Sin perder de vista, eso sí, que casi siempre, como ley universal, en la ópera lo que no se crea ni se transforma, sólo se destruye. ●



Dante Alcalá
(Don José)



Martín Luna (Le Dancaire), Roberto Aznar
(Zuniga) y Hugo Colín (Le Remendado)



Arturo López Castillo
(Moralès), Maribel Salazar
(Micaëla) y coro



Edurne Goyarzu (Mercédès), Luis Ledesma
(Escamillo) y Carolina Ramirez (Frasquita)



Luisa Francesconi
(Carmen)



El coro del Teatro de Bellas Artes

